

## CAPÍTULO XIX

### Dos negociantes.

Don Silvestre se situó de modo que la luz de la vela, que estaba sobre la mesa, diese de lleno en la cara de su interlocutor, mientras él quedaba en la penumbra que proyectaba un antifaz formado por una caprichosa pantalla de marfil, curiosamente labrada. Don Fadrique, sin comprender el objeto de aquella estratégica, se colocó en el sitio que le señaló Alarcón, quedando enteramente bajo los fuegos del enemigo. Después de un momento de silencio, el joven entabló el diálogo diciendo :

— Tal vez extrañaréis, señor don Silvestre, que sin tener el honor de comunicaros, me haya atrevido á venir á hablaros de un asunto que atañe únicamente á la familia cuyos negocios manejáis con tanto acierto.

— Sea cual fuere, caballero D. Fadrique, respondió el anciano cajero, el motivo que os ha impulsado á desear verme y hablarme, tengo á mucha honra el recibiros.

Guzmán contestó con una inclinacion de cabeza, y prosiguió diciendo :

— Soy enemigo de rodeos y me gusta la franqueza, señor don Silvestre. Vengo á proponeros un negocio.

Al oir esta última palabra, el cajero mayor creyó haberse equivocado en sus conjeturas respecto á la naturaleza del asunto que aquel joven tenía que comunicarle ; pues nunca

imaginó que se tratase de negocios. Sin embargo, como hablarle de eso era llamarlo á su propio terreno, D. Silvestre redobló su atención y fijó su mirada inquisitorial en el rostro del joven.

—¿Negocio? dijo; perfectamente; sabéis, señor don Fadrique, que es mi oficio; y así, me encontraréis siempre dispuesto á ocuparme en eso. Tened la bondad de decirme de qué se trata.

— De la herencia de Balmaseda, contestó Guzmán.

— ; De la herencia de Balmaseda! replicó Alarcón riéndose; ese negocio, señor don Fadrique, está hace veinte años en la cuenta de pérdidas y ganancias en los libros de la casa.

— ¿Y no ha sucedido alguna vez, señor cajero mayor, dijo Guzmán, que cuando acaso menos lo esperabais, se os cubriese una deuda que teníais sentada en esa cuenta?

— Ciertamente que sí, replicó Alarcón; pero los 80 000 pesos de Balmaseda están en manos que no acostumbran devolver lo que una vez han llegado á atrapar.

— Y si yo os proporcionase el medio de hacer que esas manos tuviesen que abrirse y dejar lo que tienen indebidamente cogido, ¿qué diríais?

— Que sabíais más que yo, señor don Fadrique, contestó D. Silvestre con un suspiro. Pero, perdonad, caballero, añadió; ó vos os queréis chancear, ó ignoráis las condiciones del testamento de Balmaseda.

— No me chanco, D. Silvestre, dijo el joven y sé perfectamente lo dispuesto por aquel sujeto. Os pregunto, pues, sencillamente: ¿queréis ó no recobrar esos ochenta mil pesos y los réditos caídos en veinte años, que son... cinco veces diez, cincuenta: cincuenta veces ocho...

— Son ochenta mil pesos, interrumpió D. Silvestre, con impaciencia; ¿no sabéis que un capital impuesto al cinco por ciento se dobla á los veinte años?

— Ochenta y ochenta, añadió D. Fadrique, son ciento sesenta mil pesos?

— Cabal, dijo Alarcón : pero ¿ cómo se ha de cobrar esa suma ?

— Pues ese es el negocio que vengo á proponeros, contestó D. Fadrique.

— ¿ Y vais vos á cobrar la cantidad ? replicó D. Silvestre.

— ¿ Yo ? dijo el joven ; no tengo para qué mezclarme en eso. Sois vos quien la cobrará.

— Pero concluyamos, caballero, exclamó el anciano ; ¿ á dónde vais á parar ? ¿ Tenéis algún arbitrio humano para que la casa recobre esa suma ?

— Entendámonos, D. Silvestre, dijo Guzmán ; tengo un medio seguro para que recobréis ciento cuarenta mil pesos.

— ¡ Y los otros veinte mil ?

-- ¡ Oh ! los otros veinte mil pesos, dijo Guzmán sonriéndose, los cobraré yo ; ó mejor dicho, los cabraréis vos para mí.

— Y qué, dijo Alarcón, ¿ sois por ventura legatario de Balmaseda ?

— No, respondió D. Fadrique, soy poseedor de un secreto que os ofrezco en venta. Si os parece caro, no hablemos más, no faltará quien lo compre.

— ¿ Y á quién otro sino á la familia de Padilla puede interesar ese secreto ? dijo D. Silvestre.

— ¿ Á quién ? respondió D. Fadrique ; yo os creía más hábil comerciante, señor Alarcón ; á la familia de Carranza. Si vos no me pagáis porque hable, ella me pagará de seguro porque calle.

Á pesar de la pobre idea que D. Silvestre se tenía formada de la humanidad, aquel cinismo, que casi rayaba en lo sublime, no pudo menos que admirarle. Comprendió que no se las había con un hombre común, y visto el giro que tomaba la conversación, se propuso estar muy sobre aviso.

— ¡ Oh ! Vos no haréis tal cosa, dijo el cajero ; veinte mil pesos es una suma considerable ; pero no tengo inconveniente en comprometerme, en nombre de la casa, á que la recibáis,

siempre que entremos en posesión de esa herencia. Pero decidme, caballero, continuó D. Silvestre, que deseaba profundizar más en aquel corazón cuya corrupción precoz le tenía abismado, ¿es solamente el incentivo de la ganancia de esa suma el que os mueve á revelar ese secreto ?

— No, señor don Silvestre, contestó Guzmán; el lucro no es más que un objeto secundario para mí. El fin que principalmente me propongo, es vengarme.

— ¿La familia de Carranza os ha hecho algún agravio? He oído más bien que sois íntimo amigo del joven D. César.

— Á él es precisamente al que me propongo arruinar.

— ¿Y qué motivo?...

— Nada. Únicamente que estoy harto de oír que le elogien, que le llamen valiente, discreto, leal, hermoso; cansado de ver que es feliz, que le aman; y á mí nadie me elogia, soy desgraciado y nadie me ama; nadie me ama, ¡ira de Dios! señor de Alarcón. Aborrezco á los que son felices y me propongo hacerles todo el mal posible.

Don Silvestre permaneció durante un rato pensativo, y luego dijo :

— Bien; yo os ofrezco formalmente la suma que pedís. Decidme cómo podremos hacer para recobrar la herencia de Balmaseda.

Don Fadrique sacó un papel y presentándolo al cajero mayor, le dijo :

— Como somos mortales, señor don Silvestre, sería conveniente, si os parece, que me firmaseis esta obligacioncita.

Alarcón leyó en voz alta :

“Como factor de la casa de comercio de D. Diego de Padilla, de esta ciudad, me obligo á pagar á D. Fadrique de Guzmán y Alvarado la cantidad de veinte mil pesos, tan luego como la dicha casa entré en posesión de la herencia de D. Juan de Balmaseda. Y porque conste lo firmo, en San-

tiago de Guatemala, á los catorce de julio de mil y seiscientos cincuenta y cinco años.”

Don Silvestre se puso en pie ; sin decir una sola palabra y sin que su rostro manifestase la más ligera emoción, tomó una pluma, la introdujo en uno de los vasos de plata de tres que había en el tintero, la retiró mojada y firmó, manteniendo el papel en la sombra que proyectaba la pantalla. Inmediatamente tomó la salvadera y cubrió con arenilla la firma, que quedó perfectamente legible. Hecho esto, entregó el papel á D. Fadrique, quien examinó cuidadosamente nombre y apellido, y encontrándolo todo en regla, leyó en voz alta : “*Silvestre Alarcón;*” dobló el documento, lo guardó en uno de sus bolsillos y volvió á su asiento.

En seguida refirió punto por punto al cajero mayor la conversación que escuchara algunas noches antes, en la hacienda de Santa Catarina, á la negra esclava de D. Tomás de Carranza y á su hijo, dándole todas las indicaciones convenientes para encontrar con facilidad el rancho donde habitaba aquella familia.

Don Silvestre escuchó la relación con el más vivo interés y desde luego comprendió todo el partido que podía sacarse del asunto, bien manejado. Ya él tenía vehementes sospechas de que por parte de Carranza y su esposa se había recurrido á alguna superchería ; pero no había dato alguno positivo en que apoyar aquella idea. Cuando ocurrió el suceso que fué á echar abajo las esperanzas de la familia de Padilla, Alarcón se hallaba en Nicaragua ; y al regresar á Guatemala, encontró con que los Carranzas tenían ya un heredero. Llegaronle, por supuesto, los rumores que corrieron, acerca del misterioso nacimiento de aquel niño ; pero como no pasaban de indicaciones muy vagas, hubo de conformarse con el hecho y sentó, como él decía, los ochenta mil pesos de la herencia de Balmaseda, entre las pérdidas y ganancias de la casa. Verdad es que los datos que D. Fadrique le comunicaba no eran con-

cluyentes ; pero sí bastaban para seguir la pista á aquel secreto. En el ánimo de D. Silvestre quedó profundamente arraigada la convicción de que D. César no era hijo de D. Tomás de Carranza y su esposa, como había sucedido á Guzmán cuando oyó la conversación de la esclava.

— ¡ Oh ! dijo para sí el cajero mayor ; si yo pudiese hallar un hilo que me condujese al través de este tenebroso laberinto y llegase á descubrir los verdaderos padres de ese joven, estábamos salvados.

Don Fadrique, considerando terminado el negocio, se levantó para retirarse ; pero D. Silvestre le detuvo y le dijo :

— No os vayáis todavía, caballero. Habéis venido á proponerme un negocio, que hemos arreglado fácil y felizmente, y yo por mi parte he formado en esta conversación tan alta idea de vuestras cualidades, que he concebido el proyecto de proponeros otro.

— Decid, señor Alarcón, contestó el joven ; estoy á vuestras órdenes.

— ¿ Habéis oído hablar de los Nazarenos ? preguntó el cajero.

— He oído alguna cosa, respondió Guzmán, de unos penitentes que se encuentran casi todas las noches en diferentes puntos de la ciudad, y cuyo número llama bastante la atención. ¿ Y qué tienen que hacer esos hombres, que ni aun se sabe quiénes son, con el negocio que me queréis proponer ?

— Tienen que hacer y mucho, dijo D. Silvestre ; y abriendo un registro del escritorio, sacó un papel y lo puso en manos de Guzmán, quien leyó en voz alta lo siguiente :

— *Lista de los Nazarenos.* Don Diego de Padilla, D. Rodrigo de Arias Maldonado, D. Antonio de Mazariegos, D. Luis de Gálvez, D. Isidro de Cepeda, D. Antonio de Justiniano Echávarri...

— Aquí están los nombres de muchos de los principales sujetos del reino, dijo D. Fadrique admirado.

— Y los de muchos otros de la clase media y aun del pueblo, replicó Alarcón.

— ¿Y todos esos son los Nazarenos?

— Todos, dijo el anciano; los sujetos cuyos nombres veis allí, han formado una asociación fuerte, grande y temible, cuyo objeto es echar abajo al conde de Santiago, á su hijo y á sus favoritos y ocurrir al rey, pidiéndole un gobernante menos rapaz que el que hoy tiraniza y esquilma estas pobres provincias.

Guzmán se quedó pensativo, con el papel en la mano. Alarcón continuó :

— Bien veis que tarde ó temprano, hemos de alcanzar nuestro propósito; y entonces los honores y las riquezas lloverán sobre los miembros todos de esta asociación salvadora. Señor don Fadrique, concluyó en tono grave : ¿queréis ser Nazareno ?

Guzmán permaneció sin contestar durante un rato : luego dijo, como hablando consigo mismo.

— Riquezas, honores, crédito, por una parte, si el éxito corresponde á lo que se proponen. La horca ó el castillo del golfo, si la empresa fracasa

— Señor don Fadrique, dijo entonces D. Silvestre ; permitidme os devuelva la frase que empleasteis ahora poco : os creía yo más hábil negociante. En la cuenta de ganancias habéis olvidado la partida más importante.

— ¿Cuál? preguntó Guzmán.

— El poder hacer daño, mucho daño á una porción de gentes que son felices : el conde de Santiago, el Adelantado de Filipinas, D. García de Altamirano, Dña. Elvira de Lagasti, la familia toda de Carranza, etc.

— Cierto, muy cierto ; dijo D. Fadrique, cuyo rostro tomó una expresión algo semejante á la de las facciones del Satanás de Milton. Podré hacer mal, mucho mal ; soy de los vuestros, señor don Silvestre. Desde hoy podéis contarme en el número

de los Nazarenos. Y luego, añadió en voz baja, yo haré de modo que la partida de las pérdidas venga á disminuir notablemente, pues para todo hay arbitrios.

— Eso se verá á su tiempo, murmuró Alarcón, á quien no se habían escapado las palabras que pronunció Don Fadrique.

Quedó convenido que Guzmán sería presentado en la primera reunión de los Nazarenos, y no teniendo ya nada que tratar, se despidió.

— ¡Bribón! dijo D. Fadrique luego que hubo pasado el umbral de la puerta.

— ¡Perverso! exclamó Alarcón tan pronto como hubo desaparecido D. Fadrique.

## CAPÍTULO XX

### **Primeras operaciones de Alarcón para recobrar la herencia de Balmaseda.**

Reflexionando el cajero mayor de D. Diego de Padilla sobre lo que acababa de comunicarle Guzmán, trazó su plan de operaciones, y resolvió ante todo dar cuenta á su patrón del importantísimo descubrimiento hecho por D. Fadrique. En consecuencia, pasó al gabinete de D. Diego y le refirió en pocas palabras su conversación con el joven. Aquella revelación dejó asombrado al caballero, que consideró, como Don Silvestre, indudable que D. César no era hijo de D. Tomás y de su esposa, sino un usurpador del mayorazgo fundado por Balmaseda. Don Diego se mostró resuelto á no dejar de la mano el asunto, hasta obtener el recobro de lo que le pertenecía ocurriendo á los tribunales, si Carranza se obstinaba en retener la suma. Ambos juzgaron oportuno procurar, antes de entablar un proceso, ver si se obtenía que D. Tomás entrase por algún arreglo, aun cuando fuese preciso sacrificar una parte de los réditos que estaba obligado á abonar, lo que pareció á Padilla tanto más cómodo, cuanto que contaba con la suma íntegra de ochenta mil pesos, á que ascendían los premios, pues el cajero no le dijo una sola palabra de la obligación que acababa de firmar. Pero el anciano comprendió que no era él quien debía abocarse con su enemigo; pues de un encuentro de dos antagonistas, nada bueno había de resultar; y así resolvió

dejar el asunto enteramente en manos de Alarcón, para que él mismo conferenciase con Carranza é hiciera todo lo demás que pudiera convenir. Con aquella amplia autorización, Don Silvestre se encontró en el terreno en que deseaba y le convenía colocarse. Porque debemos hacer notar que si en los lances apurados el cajero mayor tomaba sobre sí la responsabilidad de las medidas más graves, como lo hizo cuando fué necesario dar, sin perder un minuto, la orden para la muerte de Rubayo, usando del signo con que firmaba el jefe de los Nazarenos, siempre que el asunto daba tiempo, acostumbraba consultar con su patrón y recabar sus órdenes, como lo había hecho cuando dispuso apoderarse del libro de los juegos de palacio. Conocía Alarcón el carácter orgulloso y altivo de D. Diego y sabía perfectamente que era necesario guardarle ciertos miramientos, para hacer de él cuanto se quería. Don Silvestre era, además, de aquellos hombres que no creen en el axioma matemático de que *la línea recta es el camino más corto que hay de un punto á otro*; y siempre procuraba llegar á su objeto por las curvas.

Habían transcurrido cinco días desde que tuvo lugar la conversación de D. Fadrique y D. Silvestre; tiempo que el infatigable cajero mayor empleó en cierta operación esencial al éxito del negocio que llevaba entre manos y de que se dará noticia á su tiempo. Alarcón se dirigió á casa de D. Tomas de Carranza, y se hizo anunciar, advirtiéndole que deseaba hablar al caballero de un asunto de la mayor importancia. No fué poca la sorpresa que causó á Carranza aquella visita, pues jamás había puesto los pies en su casa individuo alguno que estuviese tan íntimamente ligado con la familia de su enemigo, como lo estaba D. Silvestre. Excitada vivamente su curiosidad, hizo decir al cajero mayor de D. Diego que pasase adelante, lo que verificó Alarcón, presentándose á D. Tomás con tanta tranquilidad, como si fuese á tratar el negocio mas sencillo con cualquiera de sus amigos. Después de un cortés y frío

saludo por una y otra parte, D. Silvestre habló de esta manera :

— Os sorprenderá, sin duda, caballero, que me haya tomado la libertad de presentarme en vuestra casa, no habiendo tenido antes la honra de comunicaros.

— Efectivamente, contestó D. Tomás con sequedad; no esperaba ser favorecido con vuestra visita; y supongo que sólo un asunto que os interese en gran manera á vos ó á algún otro, podría proporcionarme este honor.

— Que el asunto interesa á alguno, no hay la menor duda, señor de Carranza; en cuanto á mí, personalmente, podéis estar seguro de que no me atañe en lo más pequeño.

— ¿De qué se trata pues? dijo D. Tomás.

— De algo que toca muy de cerca á las dos familias, la vuestra y la de D. Diego de Padilla.

— No creo que pueda haber nada de común entre mi familia y la de ese caballero, contestó D. Tomás, cuya sangre se agolpó en su frente.

— Cuando se tienen unos mismos deudos, dijo D. Silvestre, se comienza ya por tener algo común; y si uno de esos parientes ha establecido alguna fundación á cuyo goce son llamados, en su caso, individuos de la una y de la otra familia, hay también ese derecho común.

— Sea como queráis, caballero, replicó D. Tomás, á quien aquel asunto molestaba no poco; ¿y qué pretendéis deducir de esas premisas?

— Una consecuencia muy natural y muy sencilla. Suponed (esta es una mera hipótesis) que vos y D. Diego de Padilla tenéis derecho á cierta cosa, á una herencia, por ejemplo; que vos entráis desde luego en posesión de ella, por haberlo dispuesto así el testador, y que para conservarla, pasado cierto tiempo, tenéis necesidad de llenar cierta condición establecida; claro es que si no la llenáis, perdéis aquel derecho, y recae *ipso facto* en D. Diego.

— Comprendo á lo que queréis aludir, respondió Carranza algo alarmado; y ¿si la condición se ha cumplido?

— Entonces, dijo Alarcón, vos sois el dueño de la herencia, y no hay para qué hablar más de ello.

Don Tomás respiró; pero no conocía á su taimado contrincente, que se divertía en jugar con él, como un gato con el ratón que ha caído entre sus uñas. Después de un momento de silencio, D. Silvestre continuó diciendo:

— Prosigamos en la hipótesis. Suponed que la condición para lograr esa herencia fuese... lo que gustéis; que Dios bendijese vuestro matrimonio con un hijo, verbigracia, y que pasado el tiempo que el testador fijó, tal hijo no apareciese.

— En tal caso, yo habría perdido el derecho, contestó Carranza; mas si por el contrario...

— Si había tal hijo, interrumpió Alarcón, él destruía por completo las esperanzas de D. Diego y afirmaba vuestros derechos.

— Y es precisamente lo que, como sabéis, señor mío, dijo D. Tomás, ha sucedido en el caso á que aludís.

— Es así, contestó Alarcón. Pero suponed que á los quince, á los veinte años de estar vos en quieta y pacífica posesión de la tal herencia, viniera uno que dijese que el hijo no lo era en realidad vuestro, que había habido fraude y suplantación...

— Al que tal cosa se atreviese á afirmar, interrumpió Don Tomás, poniéndose pálido, le llamaría yo villano y embustero, y si tenía la audacia de decírmelo á mí mismo, haría que mis criados le arrojasen de mi casa como á un perro.

Sin contestar una sola palabra, D. Silvestre se levantó muy despacio de su asiento y se dirigió á tomar una campanilla de plata que estaba sobre la mesa.

— ¿Qué vais á hacer? dijo Carranza.

— Á llamar á vuestros criados, dijo Alarcón, porque precisamente iba yo á deciros que por medio de un fraude y una superchería, os habéis quedado con la herencia de D. Juan

de Balmaseda, que corresponde legítimamente á D. Diego de Padilla.

Don Tomás quedó aturdido bajo aquel golpe asestado con tanta seguridad y sangre fría.

— Deteneos, dijo el caballero, y terminemos esta enojosa chanza. Vos no creéis lo que acabáis de decir. Sabéis perfectamente de D. César es hijo mío y de mi esposa y que los documentos que lo acreditan están en toda regla.

— Sé, contestó D. Silvestre, que el 20 de enero de 1635 enviasteis á la parroquia del Sagrario á bautizar un niño que se asentó por hijo legítimo de D. Tomás de Carranza y de Dña. Gertrudis de Medinilla; que le bautizó de noche un eclesiástico pariente inmediato de la señora, y que fué su padrino D. Juan de Padilla, vuestro hermano. Así consta en la partida de bautismo, que he tenido á la vista.

— Entonces, dijo D. Tomás, ¿qué falta?

— Poca cosa, respondió D. Silvestre; falta únicamente averiguar quién pudo ser otro niño que llevasteis vos mismo á vuestra hacienda de Santa Catarina, pocos meses antes de que apareciese D. César; niño que disteis á criar á una esclava llamada María del Patrocinio, que vivía en una remotidad de la finca y que fuisteis vos mismo á recoger, trayéndole á la ciudad en los mismos días en que se dijo había nacido Don César y prohibiendo á la esclava que saliese de la hacienda. Saber qué tenga de común con D. César ese niño, criado con tanto misterio, es lo único que falta, señor don Tomás.

Carranza estaba muy distante de tener la calma y sangre fría del cajero mayor. Así, á medida que éste iba apurando el ataque, el pobre caballero parecía más y más azorado; mudaba colores y casi no acertaba á responder. Alarcón, á quien no se escapaba por supuesto el efecto que hacían sus revelaciones, dijo:

— Ya veis, señor D. Tomás, que del cielo á la tierra no hay nada oculto. Tengo en mi poder datos suficientes para

poder probar en juicio que D. César no es hijo vuestro, y para perseguiros criminalmente, sin perjuicio de haceros restituir los ochenta mil pesos del mayorazgo y sus réditos. Pero deseo evitar el escándalo de un proceso semejante y vengo á proponeros una transacción.

— Explicaos, contestó Carranza, con abatimiento.

— Sabéis muy bien, dijo el cajero mayor, que los réditos que habéis percibido indebidamente ascienden á otros ochenta mil pesos : pues bien, se os hará condonación de veinte mil y entregaréis el resto de la suma.

— ¡ Jamás ! contestó Carranza, comprendiendo desde luego que un desembolso semejante le arruinaría sin remedio. Dígoos que toda esa fábula que me habéis contado, no es sino una superchería inventada para despojarme de lo que legítimamente poseo. Los documentos están en regla, estoy en posesión de los bienes y no os daré un maravedí. Haced lo que os parezca.

— Reflexionadlo bien, caballero, dijo Alarcón. Pensad en el escándalo de un pleito como el que habrá de promoverse si persistís en vuestra negativa ; en el baldón que arrojará sobre vuestra esposa y sobre el inocente D. César.

La última reflexión de D. Silvestre pareció hacer profunda impresión en el ánimo del desgraciado Carranza, pues tanto él como su esposa amaban á aquel joven, más quizá que si realmente fuese su hijo. La lucha, pues, era terrible en el corazón de aquel anciano. Temblaba por una parte al considerar los sinsabores y la vergüenza que habría de producirle un pleito como aquel con que se le amenazaba, y no podía resolverse tampoco á aceptar la ruina de su familia, que consideraba segura, si se desprendía de una cantidad tan considerable. Cuando se encontraba Carranza más violentamente agitado por aquellas dudas, oyó la voz D. César, que en la pieza inmediata preguntaba por él, en un tono que hizo conocer al caballero que alguna cosa grave había ocurrido. El joven iba a

entrar ya en el gabinete, y D. Tomás, no queriendo que encontrase ahí al cajero mayor de D. Diego de Padilla, suplicó á éste se ocultase por un momento en otra pieza contigua. Hízolo así Alarcón y no bien había cerrado la puerta de la cámara, apareció D. César pálido, agitado y con un papel en la mano.

—Padre mío, dijo el joven, explicadme el misterio terrible que encierra este papel. Perdonad, si á pesar de vuestras órdenes, no me ha sido posible dejar de amar á Doña Violante de Padilla, y permitidme os interrogue acerca de la espantosa revelación que contiene esta carta sin firma que ha recibido esa joven.

Don César presentó á D. Tomás el papel, de letra desconocida, en que se avisaba á Doña Violante que el supuesto hijo de D. Tomás de Carranza y Dña. Gertrudis de Medinilla, era un espurio, de padres ignorados, usurpador de un nombre y de un mayorazgo que no le pertenecían. El anónimo agregaba algunas noticias sobre la manera misteriosa en que había sido criado D. César durante seis meses, y anunciaba que no tardaría en hacerse público aquel hecho y ponerse en claro el vergonzoso origen del hombre á quien amaba Dña. Violante.

—¡Yo un espurio! ¡Un villano! ¡Un usurpador! decía el joven, y se golpeaba la frente con el puño. Decidme, padre mío, que todo esto es una impostura, una infame calumnia; buscaré á su autor, aunque se oculte en las entrañas de la tierra y le cortaré la mano que ha escrito esta mentira atroz.

Al decir esto, el desgraciado derramaba lágrimas de dolor.

Don Tomás, esforzándose por dominar su emoción, contestó :

— Sí, hijo mío, es una calumnia, una impostura, cuyo autor esperamos recibirá algún día el castigo merecido. Tranquilízate, y déjame, pues tengo un asunto muy importante que debo terminar.

El joven se retiró más tranquilo, después de haber recogido

el anónimo que había asestado un golpe tan doloroso á los dos amantes.

Carranza abrió la puerta del gabinete donde se había ocultado Alarcón, y cuando salió éste, le dijo D. Tomás :

— ¿ Habéis oído, por ventura? ¿ habéis podido advertir la desesperación de ese noble joven?

— Sí, caballero, contestó D. Silvestre ; todo lo he advertido ; lo he escuchado todo.

— ¿ Y tendréis valor aún, replicó Carranza, para despedazar ese corazón tan leal, para hundir á una familia entera en la vergüenza y el dolor?

El insensible y frío negociante alzó los hombros y dijo :

— Mi obligación es ver por los intereses de la casa ; no haremos más que reclamar lo que nos corresponde ; y si queréis evitar esas penas, devolved la suma. Es un negocio en que ganáis 20,000 duros. Poco nos importa que ese joven continúe creyendo que es hijo vuestro ; sois dueño de darle vuestro nombre ; lo único que os pedimos es la devolución de ciento cuarenta mil pesos.

Diciendo esto, Alarcón tomó su sombrero y dirigiendo la vista á un reloj que había en el gabinete, dijo :

— Os doy dos horas más para reflexionar y tomar un partido. Son las nueve ; si á las once no recibo aviso de que aceptais el arreglo que os he propuesto, se presentará el escrito de demanda, que está ya extendido y firmado.

Dicho esto, hizo una cortesía y se retiró.

Carranza permaneció profundamente pensativo, y comenzó á pasearse precipitadamente por el cuarto.

— No, decía, no puede ser y no será ; agotaré todos los recursos ; tengo la protección decidida del Presidente ; sacrificaré quince, veinte mil pesos, si es necesario, y salvaré el resto de la suma, evitándome el dolor y la vergüenza de un despojo. No hay más testigo cuya declaración podría comprometerme...

Al decir esto, se detuvo como si le hubiera asaltado repentinamente una idea; se dirigió á la mesa, tocó la campanilla, y habiéndose presentado un criado, le previno llamara inmediatamente á Garzona, su dependiente de confianza. Acudió el llamado y D. Tomás le dijo :

— Haz enjaezar uno de los mejores caballos que haya en la casa; escoge uno de los criados de más confianza para que te acompañe y te vas ahora mismo á Santa Catarina. Sabes bien el punto donde vive la esclava llamada María del Patrocinio; la traes inmediatamente, sin permitir que por ningún pretexto hable con persona alguna antes de que me sea presentada. Vete y camina día y noche.

El dependiente fué á alistarse y D. Tomás quedó algo más tranquilo, después de habertomado aquella medida, que consideraba de la mayor importancia.

---

## CAPÍTULO XXI

### El tormento.

El robo del libro de los juegos de palacio y la prisión de D. Dieguillo, á quien se consideraba cómplice de aquella fechoría, fueron dos acontecimientos que llamaron vivamente la atención en la ciudad, habiéndose publicado aquellos hechos extraordinarios, en la mañana misma que siguió á la noche en que se verificaron.

El conde de Santiago y su hijo el Adelantado se perdían en conjeturas sobre el autor del robo, sin acertar á fijarse en persona alguna. Sospecharon, entre otros, desde luego, de D. Diego de Padilla; pero como su reputación de probidad y la fama de su riqueza no parecían autorizar aquella sospecha, no se atrevieron á proceder contra un sujeto tan principal y tan relacionado en todo el reino. Por fortuna, decían, está cogido el hilo de la intriga, pues D. Dieguillo debe saber quién es el autor del hecho; y resueltos á arrancarle la confesión, de grado ó por fuerza, contaban ya como segura la averiguación de la verdad.

Á eso de las ocho de la mañana el Adelantado pasó á la cárcel donde estaba encerrado el bufón y bien asegurado en el cepo. Al ver entrar á D. Enrique, tembló D. Dieguillo, presintiendo lo que se le aguardaba. Resuelto á no descubrir al autor del robo, pues estaba seguro de que esa delación le costaría á él la cabeza, había estado maquinando algunos ardi-

des, desde el momento en que fué conducido á la prisión. Sin embargo, D. Enrique no era hombre á quien se engañaba fácilmente; y como el bufón lo sabía muy bien, y conocía además el carácter irritable y duro de aquel caballero, se estremeció de pies á cabeza cuando le vió entrar, con semblante airado y con una expresión aun más severa que la que mostraba de ordinario.

El Adelantado se sentó en un banco de madera que estaba junto á la pared frente al cepo, y dijo á D. Dieguillo:

—Te he dado tiempo para que reflexiones y te decidas á declarar quién ó quiénes son los autores del robo del libro. Has debido comprender que estoy resuelto á que no salgas de esta prisión sin haber dicho lo que tu deber te mandaba revelar, desde el momento mismo en que acababa de suceder, si no es que hubieses podido evitarlo. Pertenesces á la servidumbre de mi padre, que te recogió miserable y enfermo, en las calles de México; donde, sin su generosa protección, habrías perecido como un perro. La gratitud y el deber te imponen no guardar secreto en un asunto cuya averiguación interesa vivamente á tu amo y protector. Habla, no ocultes la más pequeña circunstancia, y te prometo que se tendrá contigo toda la indulgencia que sea posible. Puedes salvarte del castigo que tienes merecido, si descubres todo lo que ha pasado; pero ¡ay de ti, si más fiel á los enemigos de tu señor que á éste, insistes en callar y continúas traicionándole! Yo sabré arrancarte la confesión que no hayas hecho voluntariamente.

Calló el Adelantado, como si quisiese dejar tiempo á Don Dieguillo para que meditara antes de contestar. Las amenazas de D. Enrique hicieron profunda impresión en el ánimo del miserable viejo, y la idea de salvarse de la violencia que se emplearía con él para arrancarle aquel secreto, atravesó rápidamente por su imaginación atormentada; pero inmediatamente le pareció ver delante de sí la marmórea figura del cajero mayor, que se levantaba para referir la tenebrosa histo-

ria de D. Pedro de Uceda. El asesinato de D. Fernando, el robo de sus bienes, el suicidio de la esposa de aquel caballero, consecuencia de aquellos hechos, eran tres gravísimos cargos, suficientes para enviar á la horca á cualquiera. En esa convicción, D. Dieguillo, que no dudaba un punto que Alarcón realizaría su amenaza, si le delataba, resolvió callar y resistir hasta donde le fuese posible. Así, contestó al Adelantado en el tono más humilde :

— Señor, ignoro absolutamente quién sea el autor del robo ; os lo juro por cuanto hay más sagrado. Yo me había quedado dormido, como me acontece frecuentemente, en el canapé que está en el salón azul, frente á la caja donde se guarda el libro de los juegos. Cuando desperté, me hallé con que el arca estaba abierta y el libro había desaparecido. Á nadie ví, no pude saber quién cometió el atentado, y cuando entrasteis, señor, iba yo á dar aviso de lo ocurrido.

— Bien lo finges, malvado, dijo D. Enrique, echando al bufón una mirada terrible ; pero conmigo no te valdrán tus arterías. Por última vez te lo pregunto : ¿ quién ha sustraído el libro ?

— Por el amor de Dios, señor, dijo D. Dieguillo, llorando ; no os irritéis contra mí ; ved que nada sé y si nombrase yo á alguien, acusaría sin duda á algún inocente.

Don Enrique se levantó sin contestar ya una sola palabra, y se dirigió á la puerta, temblando de ira. Al salir, dijo :

— Veremos si el medio de que voy á valerme, es más eficaz ó no que la persuasión ; y se retiró, echando la llave y dejando al desventurado D. Dieguillo en la mayor congoja.

Pasó todo el día, sin que el Adelantado volviese á presentarse en la prisión ; llegó la noche, y á cada ruido que escuchaba, por ligero que fuese, creía el desventurado ver entrar otra vez al irritado caballero. Pero pasaban las horas y el Adelantado no parecía. Por último, á eso de las once, más tranquilo ya el anciano, comenzó á concebir esperanzas de que

Don Enrique hubiese prescindido de su empeño. Estaba fatigado, había pasado en vela la noche anterior; el sueño fué apoderándose poco á poco de sus sentidos, y cuando daban las doce en el reloj de la Catedral, el prisionero dormía profundamente, hacía poco más de media hora.

No sintió, pues, abrir la puerta de la cárcel, ni vió que entraban cuatro hombres con una máquina ó aparato que colocaron en un rincón del cuarto. Hecho esto, uno de los individuos que acababan de entrar, dijo á otro de los que le acompañaban que se retirase, y se quedaron solamente el que dió la orden y los otros dos.

— Disponed la máquina, dijo el Adelantado; pues no era otro el que acababa de entrar en la cárcel y despedido al que se había marchado.

Los otros dos acudieron á cumplir con la orden. El uno era el joven Adriano, nuestro antiguo conocido; el otro era un hombre de alguna edad, de fisonomía torva y mirada siniestra, que por la presteza y habilidad con que manejaba aquel extraño aparato, parecía muy acostumbrado á aquellas operaciones. El chirrido agudo de un tornillo, que apretó aquel hombre, hizo despertar á D. Diego, que, á favor de la escasa claridad que arrojaba una linterna colocada sobre el banco, vió á Don Enrique y á sus dos compañeros. Cuando fijó los ojos en el aparato y en el que lo arreglaba, erizáronsele los cabellos, hizo un movimiento como para levantarse, pero volvió á caer de espaldas, pues el cepo le tenía cogidos ambos pies.

— ¡ El tormento! ¡ el verdugo! exclamó el desgraciado, dando diente con diente.

El verdugo y Adriano, sin hacer el menor caso del terror de D. Dieguillo, continuaron sus arreglos, que presenciaba impasible D. Enrique, sentado en un extremo del banco. La luz de la lámpara alumbraba con resplandor siniestro aquellos horrorosos preparativos. El aparato era de los que servían para dar el tormento llamado *de cuerdas y vueltas*, uno de los

más dolorosos que pudo haber discurrido la barbarie de aquella edad cruel.

Luego que todo estuvo listo, el Adelantado mandó al verdugo y á Adriano que abriesen el cepo, que desnudasen á Don Dieguillo y le pusiesen en el aparato. El anciano daba gritos lastimeros; pero la cárcel estaba en un extremo del edificio, las paredes y la puerta eran muy gruesas; y así, no había probabilidad alguna de que los clamores de aquel miserable llegasen á ningún oído humano.

Don Dieguillo fué atado en el potro. Un cordel le ceñía el muslo derecho y otro la caña izquierda, de la rodilla abajo. Otro le apretaba el morcillo derecho y otro el antebrazo izquierdo. El Adelantado hizo una seña con la mano; el verdugo dió una vuelta al torno y las cuerdas se enterraron en las carnes del miserable, á quien la fuerza del dolor arrancó un grito penetrante.

— ¿Confiesas? preguntó D. Enrique.

— Señor, por el amor de Dios, dijo el anciano, haced que no me martiricen; nada sé.

— Continuad, dijo el Adelantado.

El verdugo dió otra vuelta, y crujieron los huesos del anciano, como si fuesen á romperse.

— Jesús sacramentado, amparadme; exclamó D. Dieguillo; Virgen santísima de los Dolores, socorredme...

Á una nueva señal de D. Enrique, repitió el verdugo la operación. Las carnes del desventurado, lívidas é hinchadas, parecían próximas á hacerse pedazos.

— Ángel de mi guarda, gritó el infeliz; ¡favorecedme, favorecedme!

El torno dió una nueva vuelta, y D. Dieguillo, rendido por el dolor, exclamó:

— ¡Misericordia! ¡misericordia! ¡Lo confesaré todo!

Al oír estas palabras, Adriano, con un movimiento rápido que no fué notado por D. Enrique ni por el verdugo, puso el dedo

índice de la mano derecha sobre sus labios, como para prevenir á D. Dieguillo que guardase silencio. El anciano advirtió la indicación, calló y cerró los ojos.

— Habla, dijo D. Enrique.

El bufón no respondió. Acercóse el Adelantado, le sacudió fuertemente y dijo:

— Ha perdido el conocimiento. Aflojad las cuerdas.

El verdugo dió vuelta al tórculo en sentido inverso y las cuerdas fueron aflojándose. Don Dieguillo estaba deshecho y no abría los ojos.

— Es necesario suspender la operación y dejarle por ahora, dijo D. Enrique. Ha ofrecido confesar y confesará. Si así no fuere, le daremos tres días para que se recobre un poco y pasado mañana se repetirá el tormento, hasta que el dolor le arranque ese secreto. Adriano, añadió, volviéndose al paje; cuida de que traigan á este hombre algunos alimentos, no sea que muera antes de que haya hablado. Tú solo entrarás en la prisión, y cuando se le haya provisto de lo que necesita, me llevarás la llave. Tú, dijo al verdugo, debes estar pronto para cuando se te llame.

El verdugo hizo una inclinación de cabeza y luego preguntó:

— ¿Volveremos á ponerle en el cepo?

— No es necesario, respondió D. Enrique; está imposibilitado de moverse.

Dicho eso, se retiraron, dejando al desgraciado D. Dieguillo, ó sea D. Pedro de Uceda, tendido en el suelo, pálido, descoyuntado y sin alientos para hacer el más leve movimiento.

Al siguiente día, á eso de las siete de la mañana, Adriano salió del palacio y se dirigió á casa de D. Diego de Padilla. Encerróse en el escritorio con el cajero mayor y le dió cuenta minuciosa de cuanto había ocurrido la noche anterior en la cárcel del palacio. Por lo que le decía el paje, comprendió desde luego D. Silvestre la urgente necesidad de evitar que Don Dieguillo volviese á ser sometido al tormento, pues era seguro

que, sin fuerzas para resistir, el dolor le arrancaría la confesión de lo que sabía respecto al robo del libro. Era, pues, indispensable encontrar algún arbitrio para salvar aquella dificultad. D. Silvestre puso en prensa su fecunda imaginación; y después de un rato de meditar, dijo al paje:

— ¿Está todavía expedita la puerta del jardín, cuya llave me proporcionaste hace pocos días?

— No, señor, contestó Adriano; concibiéronse algunas sospechas de que por aquella puerta se hubiese introducido el que sustrajo el libro, y la han hecho tapiar.

— No hay, pues, que pensar en ella, dijo Alarcón, y continuó meditando.

— La cárcel está situada en el segundo piso, en un extremo del palacio, ¿no es verdad? preguntó el anciano.

— Sí, señor, respondió el joven. Como sabréis quizá, es una pieza con techo de bóveda, como todo el edificio, y para proporcionarle alguna luz y ventilación, tiene una pequeña torre, ó cimborrillo con cuatro ventanas.

— ¿Sin rejas? preguntó D. Silvestre.

— Sin rejas, dijo el paje; pero tan estrechas, que es imposible puedan dar paso á un hombre por pequeño que sea.

— No importa, observó Alarcón. De dos ventanas pequeñas que están contiguas una barreta puede hacer una sola de tamaño regular.

— No hay duda, replicó Adriano; formando una sola de dos, cualquiera podría entrar y salir por ella; pero ¿quién y cómo habrá de hacerse eso?

Don Silvestre no contestó á aquella pregunta.

— Me has dicho, agregó, que se te permite entrar á la prisión.

— Sí, señor; estoy encargado de llevar algún alimento al prisionero; y debo entrar precisamente hoy al medio día.

— Bien; cuando vayas hoy, atarás un cordel fuerte bajo los brazos de D. Dieguillo, procurando que sobre el pecho y sobre

la espalda queden dos gazas ó argollas formadas con la misma cuerda.

— ¿Nada más?

— Nada. Dirás á D. Dieguillo que se hace eso por orden del Adelantado, y que si toca al cordel, se le castigará.

— ¿No necesitáis alguna otra cosa?

— Ninguna. Lo demás corre de mi cuenta. Puedes retirarte.

Hízolo así Adriano ; y cuando fué al medio día á llevar el alimento al prisionero, ejecutó la orden recibida. Don Dieguillo estaba tan amilanado, que dejó hacer al paje, sin preguntar lo que aquello significaba. En seguida, Adriano fué á entregar la llave de la cárcel á su amo.

Pasó el día, y á eso de las ocho de la noche, D. Enrique se dirigió al calabozo, abrió, y viendo que D. Dieguillo estaba aún muy postrado y sin fuerzas, dejó el interrogatorio para la mañana siguiente, y se retiró, después de cerciorarse de que la puerta quedaba bien cerrada.

---